

velas, de las que una estaba medio consumida y la otra, olvidada, estaba agonizando con su luz amarilla en medio de la claridad del día.

Benedetta se aproximó á la cuna, recelosa, agitada, examinándola con atención, y retrocedió un paso con los brazos extendidos.

Un crucifijo de madera negra, con el Cristo groseramente labrado en hueso, estaba abandonado sobre la almohada, que aun conservaba la huella de una cabeceira.

La madre temblaba con todos sus miembros.

Tenía miedo de comprender.

Sus dientes castañeteaban; un sudor frío inundaba sus sienas.

El barón Mosés, que permanecía en la puerta, sentía á la vista de aquella desgraciada que se le helaba la sangre en las venas.

¡El había comprendido en seguida!

Las confusas explicaciones de su ayuda de cámara, el entierro que había visto pasar, el desorden de aquella casa miserable donde se respiraba la muerte, todo se amontonaba para revelar la verdad.

Benedetta permaneció un minuto dudosa, con los ojos secos, fijos en la cuna vacía, en aquel crucifijo revelador, en aquella luz que expiraba, y bruscamente se volvió al barón lanzando un grito desesperado.

—¿Ha muerto, verdad? ¿Usted lo sabía?

¡Ha muerto sin mí, sin su madre! ¡Ah! ¡estoy maldita! ¡Qué he hecho yo, Dios mío, para esto!

Y en seguida, como una fiera á la que hubiesen quitado sus hijuelos, lo recorrió todo, abrió las puertas, se lanzó al jardín, y distinguiendo á la hermana de Brichard, se precipitó sobre ella preguntando:

—¡Mi hijo, usted lo sabe! ¿Dónde está?

La horrible mujer contestó brutalmente:

—En el cementerio, ó en camino.

Benedetta vaciló un momento transida de dolor, y exhausta de fuerzas, aniquilada su energía, cayó como un cuerpo muerto sobre el suelo cubierto de violetas y pensamientos.

XVI

¡Loca!

El carruaje se alejó al trote largo de sus caballos.

Fué una huida más que una caminata.

Los caminos lucían espléndidamente iluminados por el sol á través del polvo que levantaba el coche.

Ya estaban más allá de Saint-Cyr, cuando la nodriza, al volver á su casa, encontró sobre la mesa algunas líneas trazadas por una mano desconocida.

Apenas sabía leer, y como otras muchas campesinas, estaba obligada á re-

currir á los buenos oficios de sus vecinos para enterarse de sus asuntos.

Encontró al cura que se dirigía á su casa, después de haber extendido el agua bendita sobre la estrecha tumba abierta entre la hierba espesa.

El sacerdote conocía de muy antiguo á la nodriza y la estimaba.

—Marta—la dijo,—tiene usted muchas razones para aceptar; el niño que usted ha cuidado, la enriquece.

La esquila estaba concebida, en efecto, en los siguientes términos:

«Dentro de dos días recibirá usted un título de renta de dos mil francos para que disponga usted de él como quiera.

»Gracias por la madre y por el hijo.»

No había firma.

El barón Mosés, espantado de sí mismo, sacrificaba una suma considerable para los demás, óbolo para él, con el fin de tranquilizar su conciencia sublevada.

¡Vana esperanza!

Después de escribir esta nota, se había marchado, llevándose á Benedetta, que había vuelto á la vida, si se puede llamar vida la existencia de un cuerpo que respira, pero cuyo espíritu se encuentra lejos.

La habían colocado en el cupé, sin que ofreciera la menor resistencia, sin que pronunciara una sola palabra, sin que contemplara con sus ojos medio cerrados,

nada de lo que pasaba á su alrededor.

Sentada al lado del barón, apoyaba su cabeza en el almohadillado del respaldo, y con los brazos cruzados sujetaba contra su pecho, meciéndolo imperceptiblemente, al hijo que creía llevar con ella.

Su mirada, velada por sus largas pestañas, ofrecía una dulzura angelical.

El viejo Mosés no se atrevía á pronunciar una palabra.

A cada instante esperaba ver separarse los labios de su víctima para colmarle de reproches; pero ella, sin ocuparse de él, continuaba su monótono movimiento como una nodriza que trata de dormir á un niño.

El carruaje corría con fantástica rapidez.

Cuando atravesaba la verja de la posesión de Neuilly, eran las cinco de la tarde.

Se detuvo delante de la escalinata del hotel, ó mejor dicho, del palacio del barón. Benedetta bajó con una indiferencia de autómeta.

Sin embargo, al sentir que la mano del viejo Mosés se apoyaba en la suya para ayudarla á bajar, tuvo un estremecimiento de temor; pero aquello no duró más que un instante.

Se dejó conducir como un niño sin defensa, y subió la escalera monumental hasta el primer piso, siguiendo el corredor que conducía á la sala, con una doc-

lidad de colegiala que obedece las órdenes de la superiora.

El viejo Mosés experimentaba en su presencia un sentimiento extraño, mezcla de deseos y de piedad, no sabiendo á qué causa atribuir aquella sumisión asombrosa, y sin atreverse á creer que todo ello fuera debido á la locura.

Solo con ella en la sala inmensa, se sentó en un diván, la atrajo hacia él, sin que la joven se opusiera, y dulcemente, con acento de profunda ternura, la dijo:

—Benedetta, está usted muy trastornada, y me hago cargo de ello...

La joven le detuvo, y replicó:

—No estoy triste, no.

—Ha perdido usted...

El barón volvió á empezar, diciendo:

—Hemos perdido el hijo que usted tanto quería.

—¡Oh, sí!

—Es una gran desgracia.

Benedetta le interrumpió de nuevo:

—¿Una gran desgracia? ¿Por qué? ¿Pienso usted que la vida es tan buena? Eso es un error. Ha muerto...

La joven siguió con extraña sonrisa:

—Yo creo que es bien dichoso. Así no sufrirá más... Yo pensaré en él hasta el día que nos reunamos de nuevo.

—Tiene usted que tratar de abandonar esas ideas. Todo no está perdido.

—No, sin duda.

—Hará usted un esfuerzo sobre sí misma, y tratará de olvidar.

—No puedo... no quiero... al contrario, es una felicidad para mí pensar en él. Yo le llamaba Juan... Habrá que poner ese nombre en una cruz...

—Si usted lo desea...

—Lo hará usted para complacerme, ¿verdad?

—Sí.

—¿Me lo promete usted?

—Se lo prometo.

Hablaba con naturalidad, con sencillez, como si se dirigiera á un amigo en quien tuviera toda su confianza; pero el viejo Mosés estaba asombrado del brusco cambio que se había operado en la joven.

Trató de arrancarla aquellos recuerdos.

—Veamos— prosiguió, estrechánola cariñosamente, con las manos apoyadas en su esbelto talle, sin que ella hiciera ningún esfuerzo por rechazarle—hablemos del porvenir. Usted ya sabe lo que quiero.

Benedetta abrió sus grandes ojos asombrada.

—No—le dijo—no lo sé.

—Ya sabe usted que la amo.

—Bien.

—Y quiero que sea usted rica.

—¿Yo?

—Causará usted envidia á todas las mujeres, por altas que estén colocadas.

—¿Es posible!

—Si usted me escucha, si sigue mis consejos, si hace lo que yo la diga, tendrá usted un palacio, criados...

—¡Ya comprendo!

—Será usted tan poderosa, que podrá satisfacer todos sus caprichos.

—¡Oh!—dijo la joven—yo necesito bien poco.

Levantó al techo sus hermosos ojos, y prosiguió:

—Una casa pequeña, un jardín, una fuente, escuchar los torrentes que corren allá... lejos; por último... un amigo.

—¡Yo seré ese amigo!

—¡Usted!

—¿Dónde encontrará usted otro más cariñoso? ¿Quiere usted?

—¿Por qué?—dijo Benedetta.

—¿Quieres?—repitió el barón, estrechándola contra su pecho.

—Ya lo creo... Yo creía que era usted malo, pero es bueno... Me ha tratado usted con dureza; pero ahora me habla con dulzura.

—¿De modo que consentirás?

—Seguramente.

La joven pronunció esta palabra sonriendo.

—¿Quiere usted que firme el contrato?—siguió diciendo la joven.

El inclinó la cabeza.

La joven se desprendió de sus brazos, abrió un secreter admirable de palo rosa, y cogiendo una pluma, trazó rápidamente estas palabras:

«Le amaré á usted toda mi vida.»

Y añadió dirigiéndose al barón:

—¿Es esto lo que usted quiere?

—Sí, pero firma.

—Lo haré, si usted lo desea; pero exijo una promesa en cambio.

—¿Cual?

—¿Acaso piensa usted reusármela?

—No lo temas.

—¿Dice usted la verdad?

—Todo lo que pidas está aceptado de antemano.

La joven se expresaba como una hija caprichosa que quiere arrancar una concesión á su padre.

Volvió al secreter y puso su nombre debajo de las palabras que había trazado:

«Benedetta Soubére.»

Y en un momento de lucidez, tendiendo el papel al barón, con un gesto lleno de solemnidad que contrastaba con la infantil vivacidad de antes, dijo:

—No tengo en el mundo á nadie más que á usted. Mi mismo pensamiento se me escapa. Si usted me abandona no sé lo que será de mí... Haré todo lo que usted quiera... Usted mandará y yo obedeceré. Estoy vencida, me someto, pero con una condición.

—Habla.

—Quiero volver á mi país; quiero ser libre algunas semanas, dos meses; llevar el luto de este hijo que he perdido y que yo sola amaba, como usted será solo para amar á su madre...

El vaciló, y al ver que no contestaba, ella prosiguió:

—Juro á usted que me callaré como una tumba, que á nadie revelaré lo que ha pasado entre nosotros. Yo esconderé estos horribles recuerdos en la tumba de mi hijo, de ese hijo que no he tenido el consuelo de abrazar en sus últimos momentos. Concedame usted la libertad á precio. Le juro también no pertenecer á ese nadie. ¿Y quién podría querer á una desgraciada como yo? Acepto las consecuencias de una falta que no he cometido. ¿Qué más puede usted exigir?

Había tal majestad en aquella inocencia resignada á un oprobio inmerecido, que el barón Mosés sintió que un agudo remordimiento le entraba en el alma, y al mismo tiempo sentía profunda admiración por la dulzura de aquel ángel, sin fuerza para odiar.

—¿De manera que será usted mía?—preguntó.

—¡Puesto que es mi destino!

—¡Lo ha prometido usted!

La joven cerró los ojos. Dos lágrimas se filtraban entre sus pestañas.

—¡Es el precio de mi libertad!—dijo.

—¿Dentro de dos meses?

—Sí, dos meses.

—Estamos á diez y seis de junio. El plazo expirará el diez y seis de agosto.

Benedetta inclinó la cabeza.

El barón la cogió las dos manos.

—Y entonces, ¿será para siempre?

La joven respondió muy bajo:

—Para siempre.

El barón la estrechó por última vez, y la besó en la frente.

Su naturaleza viciosa palpitaba al contacto de aquella juventud; sus manos temblaban sujetando las manos frías de Benedetta; un furioso deseo de violencia le mordía el corazón, pero el recuerdo de la pequeña tumba medio cerrada, pudo contenerle.

Además, tenía tiempo. Su instinto le decía que aquella conciencia leal no le engañaba, que su promesa era sincera, y aquella resignación le imponía respeto.

Se creía seguro con la palabra de aquella víctima, vencida como ella había dicho por todo su poder.

Además tenía otra razón para esperar. Por un momento había temblado por la razón de aquella desgraciada, y violentándola hubiera dado el golpe supremo á aquella extremada debilidad.

Permaneció un momento á su lado.

Se le aparecía espléndida, más hermosa en su dolor que nunca lo había estado en medio de sus alegrías, y cuando se decidió á separarse de ella, la preguntó:

—¿Dónde quiere usted ir?

—A mi casa.

—¿Calle de Visconti?

—Sí.

—¿Y qué hará usted?

—Descansaré una noche y luego me marcharé.

—¿A Marignac?

—Sí, á mi país.

—¿Cómo la recibirán á usted?

—¡Qué me importa! Ya lo verá. Eso es todo lo que deseo.

—¿Y si es usted rechazada?

—No lo temo. Marieta me quiere. Estará llorando por mí. Los demás... los conozco... Todos tienen buen corazón.

—¿Volverá usted?

—El día fijado.

—¿Y después?

—Soy de usted.

Por un momento la joven tuvo miedo. El viejo Mosés fruncía el entrecejo.

La joven comprendió que quería tentar un último esfuerzo.

—¿No lo he jurado?—le dijo.

—¿Sobre qué?

—Sobre la cabeza de ese pobre que descansa en su fosa solitaria, donde solo una extraña se ha arrodillado.

Un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos.

—Mientras tanto—prosiguió,—cumpla usted sus promesas, yo sostendré las mías.

—Sea de lejos como de cerca, yo no cesaré de vigilarla.

Y la trató de consolar con palabras ardientes y sinceras.

—¡Por tí—la dijo—sacrificaría yo la mitad de mi fortuna, con la que se pueden enriquecer diez príncipes!

La joven había hecho brotar una emoción pasajera en aquel corazón de piedra, como Moisés había hecho brotar el agua de las rocas.

Cuando salió, la negra vino á reemplazarle al lado de Benedetta.

La joven se sentó en el diván que había abandonado el barón Mosés, y maquinalmente recobró la actitud adoptada á su venida en el cupé.

Con los ojos medio cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho, murmuraba una especie de canción monótona, como si estuviera cantando á un niño.

La negra la sacó de su postración.

—Y bien—la dijo.—¿Va usted á dejarme?

—En efecto.

—¿Está usted libre?

—Sí.

—¡Pero volverá usted!

—Sin duda.

—El señor ha salido radiante. ¡Cuánto la quiere!

La joven guardó silencio.

Parecía salir de un sueño.

—¿Se vuelve usted á su país?—preguntó la negra.

—Sí. ¿No desearía usted volver al suyo?

La vieja hizo un gesto de indiferencia.

—Hace mucho tiempo que le dejé—dijo.

—¿Y sus padres?

—¡Dónde estarán!

—¿Y sus amigos?

—¡Los he tenido alguna vez! ¡Nosotros no los tenemos nunca!

Mientras hablaba, la negra iba y venía en la habitación. Llenaba una maleta de efectos de toda clase, diciendo:

—Todo esto lo necesitará usted yendo de viaje.

El barón la había dejado un paquete de billetes de Banco y una bolsa llena de monedas de oro.

—Esto es de usted—dijo la esclava;— el señor quiere que lleve usted el oro á manos llenas para que no careza de nada y para que pueda hacer bien á los que la aman.

Benedetta la escuchaba distraidamente, dejándola obrar á su antojo.

La negra disponía sobre la cama los vestidos necesarios para una larga ausencia y los colocaba en un segundo baul.

—Entre los suyos—continuó—parecerá usted una gran señora. Tendrá usted, sólo en este baul, más riqueza que haya en todo el pueblo.

Y añadió, cuando hubo terminado sus preparativos:

—Un carruaje vendrá á buscarla dentro de algunas horas, por la noche, para llevarla donde usted quiere ir. Yo la acompañaré. Mientras tanto, venga usted.

Condujo á su prisionera hasta el comedor, pero en el camino se detuvo asombrada. Benedetta, indiferente á todo lo que pasaba á su alrededor, murmuraba, andando, la extraña canción que la negra le había oído anteriormente.

—¿Qué canta usted?—la preguntó.

La joven contestó con una voz semejante á las que se oyen entre sueños:

—No sé.

—Hay que tomar fuerzas para el viaje.

—Tiene usted razón.

Y se sentó á la mesa sin resistencia.

El día declinaba. Las lámparas eléctricas se encendieron, como de costumbre, automáticamente.

Nuestros antepasados hubieran tomado estas maravillas por maniobras de brujería.

El oro y la plata de las vajillas lanzaban brillantes reflejos.

Benedetta lo miraba todo con curiosidades de niño.

A las diez vino á buscarla una berlina.

El baúl se colocó delante, en el pescante; la maleta en el interior; la negra se colocó al lado de su prisionera, y el coche salió al trote largo de un excelente caballo.

Benedetta iba vestida de negro. Llevaba una elegante capota y un abrigo. La negra la había vestido, sin que la joven hiciera la menor observación.

La viajera estaba divinamente hermosa con aquel traje; iba muy tranquila, y, sin embargo, la vieja la examinaba con inquietud, preguntándose:

—¿Se habrá vuelto loca?

A las once menos cuarto llegó á la calle de Visconti, y estrechó las manos de su guardiana, diciéndola:

—Ha sido usted muy buena para mí... Gracias. Ya hemos llegado... Volveré... Lo he prometido.

Y casi en el mismo instante, mientras

el coche se alejaba, distinguió en la puerta de la casa á su hermana, acompañada de Pedro Dantenac, y se arrojó en sus brazos, diciendo:

—¡Marieta! ¡Pedro!

XVII

Lo que cuesta la vida de un hombre.

La herida de Pedro Dantenac era menos grave aún de lo que el doctor Desbarres pudo suponer en el primer momento.

El herido mandó llamar al médico por la tarde, y el doctor, después de un examen de algunos minutos, se convenció de que su cliente no tenía necesidad de sus visitas.

—Con la magnífica sangre que usted tiene—dijo á Pedro Dantenac,—no hay nada que temer. La madre naturaleza hará lo que falta.

Dantenac quiso recompensarle por sus servicios; pero el doctor luchó con él en generosidad y no consintió en recibir nada.

La puerta acababa de abrirse, apareciendo en ella Marieta.

Los dos hombres se separaron; pero antes el doctor repitió afectuosamente á su cliente:

—Sobre todo, no lo olvide. Si tiene usted necesidad de mí, no tiene que hacer más que mandar un recado... Ya lo sabe usted, nosotros somos confesores. Secre-

to profesional. Seré demasiado dichoso si en algo puedo serle útil.

Al salir el doctor Desbarres saludó profundamente á Marieta, analizándola rápidamente, y pensando cuando estuvo en la escalera:

—¡Es superior esta morena! ¿Qué haría ahí? ¡Misterio! Quién sabe si será su hermana...

Cuando se quedó solo con Marieta, Pedro Dantenac la llamó á su lado.

La alegría de los antiguos tiempos, la animación de la joven, habían desaparecido.

Los acontecimientos que se sucedían sin interrupción desde su llegada á París, la causaban una impresión siniesta.

Ella, cuya vida había sido tan inocente, tan tranquila, tan uniforme desde su infancia, se encontraba de pronto como el que por vez primera se embarca en un buque destartado en día de tempestad.

Y sobre todo, el recuerdo de su hermana secuestrada, sometida á una especie de tortura, sobrepujaba á todas sus inquietudes.

A las siete, un mandadero se presentó en el hotel preguntando por el señor Dantenac.

Llevaba una carta del marqués.

«Mi querido Dantenac:

»Sé por el doctor que está usted casi restablecido, y por ello me felicito.

»Acabo de saber también que la des-